

Saltones carneros de agrestes rebaños,  
reflejan en la agua sus rudos vellones  
y cruzan del río las redes sin fin;  
sacuden sus testas los viejos castaños,  
y cantan canciones  
las niveas palomas del verde jardín.

Vayamos al río que muge á lo lejos  
con iras tremendas de uro celoso;  
verás qué plumizos sus pardos reflejos,  
y cuál se retuerce su piel de coloso.

De paso, Pepilla, te haré una guirnalda  
de puras "estrellas," las flores ideales  
que armiñan la alfombra del húmedo alcor.

Ya vienes sonriendo? Recoge tu falda,  
sacude perales,  
é imprime en mi boca tu beso de amor.

Contempla qué hermosa se ve la capilla;  
qué alegre que se oye su joven campana!  
Recubre tu pelo con negra mantilla  
y adórnalo, virgen, con rosas de grana.  
Y luego entre corros de lindas doncellas,  
que lleven coronas de fusias y encinos,  
bailemos al són de la flauta de Pan.  
¿Llovizna? ¡No importa! Corramos con ellas  
al bosque de pinos,  
que hoy es la mañana del rubio San Juan!

PEPILLA.

Porqué ya no ríes?  
Porqué ya no cantas?  
No llores, morena  
Pepilla de mi alma.  
Tus ojos enjuga,

tus risas desgrana;  
 si soy siempre el mismo  
 muchacho que amabas;  
 si el alma es la misma;  
 si el tiempo no pasa:  
 la concha se engruesa  
 con capas y capas  
 muy ásperas, pero  
 la perla es más clara.

No llores. ¿Recuerdas? . . . .

Aquella mañana  
 de abril, en tu huerto  
 las aves gorjeaban  
 sus himnos canoros,  
 sus líricas dianas.  
 Los verdes granados  
 de flor escarlata,  
 gentiles mecían  
 sus frondas. Las parras,  
 trepando afanosas  
 por troncos y ramas,  
 al rústico estanque  
 cubierto de lama,  
 de acuáticos lírios,  
 de tronchos sin savia,  
 de nítidas plumas,  
 afables sombreaban.  
 Los niveos capullos,  
 las rosas rosadas,

los rojos claveles,  
 las flores de ágata,  
 á las mariposas  
 su néctar brindaban.  
 Jazmines, verbenas,  
 almendros, azalias,  
 geranios y mirtos,  
 laurel, mejorana,  
 violetas y nardos,  
 ranúnculos, dalias,  
 y vincapervincas  
 tus piés aromaban.  
 Azahares nivosos  
 cual regia cascada,  
 te ungían por grácil,  
 por buena y por casta.  
 Nupciales estrofas  
 la brisa ensayaba,  
 jugando en tus rizos  
 más hoscos que el ala  
 de un cuervo. La esquila  
 mohosa, llamaba  
 con toques alegres  
 á misa del alba.  
 ¡Qué fresca, qué dulce,  
 qué hermosa alborada!  
 Las niveas ovejas  
 muy lejos balaban  
 allá por los campos

cubiertos de tanta  
 silvestre amapola.  
 Los gallos cantaban  
 con bélicas voces,  
 y todo era santa  
 ternura. ¡Qué dicha,  
 qué paz y qué calma!  
 Y tú presurosa  
 tu rostro lavabas,  
 del trémulo estanco  
 con tómidas aguas.  
 —¡Pepilla! ¡Pepilla!—  
 grité tras la barda,  
 Por fin te resuelves  
 á ser mi esperanza?  
 Porqué me desprecias?  
 Porqué no me amas?  
 No miras que llevo  
 la muerte en el alma? . . . .  
 De día, de noche,  
 mi labio te llama,  
 te busca, te implora,  
 te unge, te ensalza;  
 mas tú no lo escuchas,  
 ¿porqué, bella ingrata? . . . .  
 Tú, viste en las ondas  
 mi faz, reflejada,  
 y alzando tus ojos  
 de grandes pestañas,

me hiciste una mueca  
 graciosa . . . ¡me amabas!

Despues tu abuelita  
 calando sus gafas,  
 enferma, renqueando,  
 saliendo encorvada,  
 gritó sordamente;  
 —¡Pepilla!, ¡muchacha!  
 Ya han dado en la iglesia  
 la prima llamada!

Tú, luego enjugaste  
 con límpida toalla  
 tus tersas mejillas  
 de reina de Saba.  
 Prendiste en tu blonda  
 cabeza adorada,  
 los mismos claveles  
 que otrora arrojara  
 con ira al alféizar  
 de aquella ventana  
 donde almos "nocturnos"  
 tocó mi guitarra.

—Ya voy!

Y saliste  
 muy linda, muy maja;  
 y allí tras el huerto,  
 yo ansioso esperaba . . . . .

Cruzamos la herbosa  
 plazuela. Ni una alma

oyó cuando ardiente  
 tu amor me jurabas,  
 ni oyó nuestros besos....  
 ¿Te acuerdas? ¡Oh, cuántas  
 mañanas han muerto  
 desde esa mañana!

Después.... ¡Ah, qué horrible  
 mi vida!.... Mas, ¡vaya!  
 ¿Porqué ya no ríes?  
 ¿Porqué ya no cantas?  
 ¿Has sido cual muchas,  
 vilmente engañada?  
 No llores; perdono  
 tu olvido y desgracia.  
 Ya ves; en la vida  
 el oro no es nada.  
 Más vale ser pobre,  
 que rica y con mancha.  
 Eleva á los cielos  
 tus hondas plegarias,  
 y olvida en mis brazos  
 fraternos tu falta.  
 No llores, no llores,  
 mi triste enlutada.  
 Tú nunca has dejado  
 de ser en mi alma,  
 Pepilla la buena,  
 Pepilla la santa!

## EL SÁTIRO.

Á OSVALDO BAZIL.

Á solas con mi Musa me paseaba;  
 un dístico de oro recitaba,  
 y el Sátiro de piedra se burlaba.....

Un Sátiro maligno, coronado  
 de pámpanas y yedras, al que he dado  
 secretos de mi espíritu angustiado.

En tarde fué de estío, cuando el huerto  
llamea en los rubíes del ingerto,  
y al sol le da la alondra su concierto.

Las rosas como olímpicos granates,  
las frentes diademaban de penates  
que fueron de la Grecia los venates.

El aire era igniscente á la manera  
del hálito carnal de una ramera  
celosa, que de amor se consumiera.

Ardía los ropajes de las violas,  
quemaba de los lírios las corolas  
y el raso de las rojas amapolas.

Un ríspido lagarto de esmeralda  
segua á varias hembras en la guálda  
del áspero pretil que Febo escalda.

El alma de D'Annunzio por la fuente  
refa su canción concupiscente,  
y Apolo nunca fuera más ardiente.

Un cándido azahar sus pomas de oro  
colgaba sobre un Término, y sonoro  
se oía del boscaje, avieso coro.

Las frondas en la arena proyectaban

sus móviles penumbras: simulaban  
que al soplo de los vientos se ayuntaban.

Dos pájaros borrachos de alegría  
perlaban amorosa melodía,  
de un saúco en flor bajo la umbría.

Y viéndolos mi Musa, así me dijo:  
- "Amarnos como ellos, es prolijo:  
Amor, de la constancia no es buen hijo.

Infiel á muchas niñas has cantado,  
y en versos engañosos has trovado  
las ansias de tu sér equivocado.

Á Clelia y á Susana, á Margarita,  
á Mónnaca, Mimí, Rebeca y Rita,  
voluble tu llamado las concita.

Á todas has querido y á ninguna!"  
Y yo la contesté:

-El Arte aduna  
á todas esas vírgenes en una.....

-¿Quién es?,-me preguntó mi Musa bella.  
-¡Tú eres! ¡La Imposible!

..... Yo dudaba.  
Y el Sátiro de piedra se burlaba....

## NOCHE SERRANA.

Á JULIO FLÓREZ.

Silencio. Paz. El sofocante ambiente  
semeja el vaho de invisible boca;  
ensancha el monte su pulmón potente,  
y emite un acre respirar caliente  
lo mismo el árbol que la altiva roca.

De vez en tarde un nubarrón sombrío  
barriendo pasa las oscuras cimas  
cual duende alado, membranoso y frío;  
y apenas se oye en el bosque umbrío  
del hosco abeto las calladas rimas.

Tremante el guaco su nidal procura,  
su nido oculto en la intrincada sierra;  
desciende el pobre leñador la altura  
sumida en honda y sepulcral negrura  
que oprime el pecho y con su calma aterra.

Los agrios riscos que la ruta erizan,  
parecen lomos colosales: crugen

sus toscas grietas que espantados pisan  
jaguares crueles, que al huir, divisan  
fulgores cárdenos. Los vientos mugen.

Muy poco á poco sus violentas rachas  
las copas baten del enebro y pino;  
y grita el bosque cual si miles de hachas  
su base hendieran; y del heno, hilachas,  
su red columpian sobre el gran camino.

Salmodia ténue la hojarasca. El cuervo  
refugio tiene en la perdida grieta;  
maúlla el gato con su guay acerbo,  
y el ruin vampiro, el volador protervo  
se oculta dando su espectral retreta.

La fuerte boa á su escondrijo huye  
sintiendo el soplo de la cruel borrasca,  
que ronca y negra por el Norte afluje,  
y turbios llantos sin cesar diluye  
cual bestia bruta que su freno tasca!

De pronto horrisono el furente rayo  
desgarra el velo de la inmensa sombra  
que cruza el buho con su astroso sayo.  
Se ampara el viejo leñador á un gayo  
saúz, y mientras la balumba asombra.

El bosque entero como mar bravío,

al rudo embate de las Furias brama,  
y crece y crece el caudaloso río  
que allá en la sima, con pujante brío,  
semeja un mónstruo que iracundo clama.

Pavor infunde el retumbante trueno  
que altivo siempre su poder confirma;  
zig-zag fosfóreo de blancuras lleno  
desciende rápido del turbio seno  
que DIOS desgarras con su enorme firma!

Y cae la lluvia en el brutal bosque,  
tronchando hojas y abatiendo troncos,  
que al punto ruedan con furor salvaje  
al vasto abismo do el viril cordaje  
del viento ruje con clamores roncós.

Diluvia. Estride la fanfarria fuerte  
del trueno que alza su triunfal enseña;  
convulsa ríe la traidora Muerte,  
derriba el áspero crestón inerte,  
y al firme roble con placer desgreña.

Fulgura el rayo flamescente, haciendo  
alarde inicuo de sus mil hazañas  
y sobre el mudo leñador cayendo,  
se va á su gruta funeral, rugiendo,  
cual león ahito de comer entrañas!

## REYES RÚSTICOS.

Á ROBERTO ARGÜELLES BRINGAS.

Quando suena en la capilla  
del risueño caserío  
el cantar pausado y pío  
que la esquila al viento da,  
pasa el carro de la aurora,  
y la linda Rosarillo  
riega alegre su tomillo,  
ríe, canta, viene y va.

Arropada en su rebozo,  
bulliciosa y diligente,  
saca el cubo de la fuente  
donde aún trina el ruiseñor,  
y entreabriendo el almo aprisco  
suelta al punto á la vacada  
que se pierde en la intrincada  
red de nísperos en flor.



Mientras alza la gris bruma  
 sus monótonos cendales,  
 "Chayo" corre á los corrales  
 con su cesto de maíz,  
 y prorumpe carcajadas  
 cuando ve que sus palomas  
 la circundan como aromas  
 de inocencia . . . Y es feliz.

Y las aves la acarician  
 con sus picos sonrosados  
 y Ella lánzales puñados  
 del exhubero cereal;  
 las gallinas cacarean,  
 y los gallos belicosos  
 se disputan cual rijosos  
 el dominio del corral.

Gruñe el cerdo en la pocilga;  
 bala el pobre corderillo,  
 y la linda Rosarillo  
 no halla á quienes atender,  
 que al oír la voz alegre  
 de su buena favorita,  
 hasta el asno se encabrita  
 y en sus manos va á comer.

El sol dora los pretiles

donde esperan alineados,  
 como lúgubres soldados,  
 negros tordos su festín.  
 Entretanto allá en la huerta  
 gime ríspida la noria  
 y un fiel cántico de gloria  
 da el cuclillo en su flautín.

Vaporiza el sano sureño.  
 La Natura cual esposa  
 fecundada y vigorosa,  
 se abre en rica gestación,  
 y las bellas amapolas  
 que han manchado la sabana,  
 gotas límpidas de grana  
 de su hímen roto son.

Los almendros rozagantes  
 desparraman niveas flores,  
 y los pájaros cantores  
 no se cansan de volar;  
 ora báñanse en los vados,  
 ora alisan su plumaje  
 á la vera del salvaje  
 y odorífero encinar.

Y por todo el verde valle,  
 de perfumes impregnado,  
 se oye el verso enamorado

del sufrido labrador.

Allá Juan el campanero,  
al surgir otra mañana,  
llama al fiel con su campana  
y á Rosario con su amor.

Desde lo alto de la torre  
se descubre la casita  
donde vive, canta y grita  
su morena virginal.  
Ahí el huerto de naranjos,  
el aprisco, las hacinas,  
las paredes blanquecinas  
y de zarzas el bardal.

Más allá el abrevadero,  
los pesebres y corrales  
donde rojos cardenales  
fingen lampos de rubí;  
los saúces somnolientos  
que dan sombra á la calleja,  
la ventana sucia y vieja  
con su tiesto de alelí.

Y él repica y las palomas,  
de los hombros de Rosario  
al vetusto campanario  
van y vienen, vienen, van.  
Como heraldos venusinas,

castas llevan en sus picos,  
de Rosario besos ricos  
y los rojos del buen Juan.

Juan es rey al ser aldeano,  
y es poeta de la altura  
donde goza la dulzura  
de la luz de su pasión.  
Es la torre su gran trono;  
reina y musa, Rosarillo,  
y su tierno caramillo,  
manantial de inspiración.

Cuando "Chayo" llega á misa,  
al nacer el alba pura,  
él repica con locura:  
-¡Tín, tán, tón, tán, tén, tía, tía! . . .

Y los ímpetus de su alma  
se transmiten á los bronces  
que del valle van entonces  
á perderse en el confin.

¡Qué ansiedad cuando Ella sale  
sosteniendo á su abuelito!  
Paso á paso, en caminito  
van los dos hacia el hogar.  
Ella erguida como un lirio;  
él, enfermo y encorvado;  
y el galán enamorado

no los deja de mirar.

Sobre el gris cornisamento  
por las yedras invadido,  
Juan asoma el renegrido  
rostro túmido y viril.  
Y arrojándoles diademas  
de silvestres rosas, grita:

—Para tí, la más bonita,  
reina y musa del pensil!

Y cuando Ella se las prende  
en el pelo tan lustroso,  
salta Juan, de puro gozo,  
con peligro de caer.

Se aman mucho, tanto, tanto,  
que DIOS mismo, desde el cielo,  
se sonríe al ver su anhelo  
de vivir y florecer.

Cuando nazcan otras flores  
en la granja pobre y vieja,  
esa cándida pareja  
se ha de unir ante la Ley.  
Entretanto los dos se aman  
sin pesares y sin cuita:  
"Chayo" es reina en su casita,  
y en la torre, Juan es rey!

## EL SUEÑO DEL BOSQUE.

Á EDUARDO MARQUINA.

Altanero, tranquilo, majestuoso,  
como un druida poeta centenario,  
duerme el bosque su sueño milenario  
á la luz del satélite nivoso.

Por las brumas envuelto, misterioso,  
con su rudo ramaje, fuerte y vario,  
él semeja un magnífico larario  
donde el tiempo ha su elíxir milagroso.

Crispa el aire sus bárbaras melenas  
de heno y musgo, en las cuales han construido  
los dragones de Hoffman, fosco nido.

Y arrullado por brujas y por hienas,  
duerme el bosque su sueño milenario  
á la luz del nocturno lampadario.

## II

Hay en él vibraciones delicadas  
de invisibles laúdes que semejan  
los de pálidos gnomos; y se quejan  
tristemente las rubias hamadriadas.

Y hay en él melancólicas baladas  
de impalpables troveros que cortejan  
á las ánimas puras; y festejan  
sus cantañas las "wilis" y las hadas.

Á las veces percíbese un acento  
como de arpa de un pobre presidiario  
que recuerda su paz y su contento.

Mas en otras, sardónico deslíe  
el guaruba sus rimas: es que vario,

ese bosque al dormir, llora y sonríe.

## III

¿Lo has oído cuál sueña? Su lamento  
cadencioso y solemne no fastidia;  
ya remeda los silbos de la insidia,  
ya los ayes humanos del tormento.

De venganzas y glorias es portento,  
pues que tiene al gestar en ruda lidia,  
un punzante cardón para la envidia,  
y un laurel inmortal para el talento!

Cuando duerme á la luz pálida y noble  
de la luna, revela cien caminos:  
la humildad, de las violas en los trajes;  
la energía, en el símbolo del roble;  
la virtud, en la recta de los pinos,  
y el amor fraternal en los follajes!

## IV

Útil es contemplarlo con paciencia  
en su augusta beldad. Hayas y encinas  
irguen agrios sus troncos entre ruinas  
de hojarascas que encubren malquerencia.

Esos troncos hercúleos son la esencia

del poder cimentado en las inquinas;  
todas ellas, aún siendo tan mezquinas,  
más y más robustecen su potencia.

Cada hoja, ramaje ó brote airoso  
nos revela un misterio tan profundo,  
que el espíritu ríe con gran gozo.  
Y es verdad, pensador, aunque te asombre:  
es el bosque un remedo de este mundo,  
y cada árbol ó planta finge un hombre!

## V

La perfidia es el cardo. Lo rastrero  
tiene un símbolo fiel en el zacate:  
mientras más se le clava el acicate  
del desprecio, más írguese altanero.

No así el sabio ahuehuete, que severo,  
secular é inflexible como orate,  
nunca aprueba que el cínico se ate  
como esclavo á su tronco justiciero.

Más le agrada amparar en la nobleza  
de su crústula estóica y consistente,  
á la yedra que vive con pobreza  
y que escala su gloria tenazmente,  
para luego ostentar sin estulticia  
lo que puede el tesón y la justicia!

## VI

Penetremos á él. Favonio canta  
dulcemente á través de los hayales,  
y á lo lejos aúllan los chacales  
como torpes envidias á tu planta.

No les temas. Entremos, novia santa,  
por el triunfo feraz de los breñales,  
y retando á las brujas y "nahuales,"  
dime el verso de amor, el que me encanta.

Refugiados aquí, como evadidos  
de la vida, miremos cuál se mecen  
del bosque las hojas y los nidos.

Y juntemos, sin dudas ni dolores,  
nuestras bocas, bien mío, hasta que cesen  
de cantar los divinos ruiseñores!

## VII

Siempre dulces, enmedio á las augustas  
soledades, unamos nuestras rimas  
al dulcísimo verso que las cimas  
de los álamos cantan. Que robustas

nuestras carnes se adoren. ¿Qué, te asustas?  
Las mujeres son sílicuas opimas,

y sus vientres profundos son las simas  
donde nacen los genios con sus fustas!

Ama y ríe, y engendra bellos hijos,  
tan fecundos y fuertes como mijos.  
Nuestra savia vital les heredemos,  
y después de vivir intensamente,  
bajo un bosque de cruces dormiremos  
en la paz de la tierra eternamente!

## VIII

Entretanto, vaguemos al arrullo  
del olímpico bosque. Cada hoja  
es una alma que sabe la congoja  
de mi espíritu fiel que busca al tuyo.

No cual ceiba letal el torpe orgullo  
de tus ramas desprece á la panoja  
que á tus piés altaneros se me antoja  
de mi amor el aurífero capullo.

¡Oh follajes sombríos! ¡Oh silvosos  
secreteos de bóvedas oscuras  
que sabéis del Criador los misteriosos  
pensamientos! ¡Oh vírgenes verduras!,  
protejed nuestros íntimos amores  
mientras Pan rima un yarabo entre las flores.

## EL VIENTO.

“Mientras por la vida caminamos, siguiendo  
nuestros pasos va la muerte.”

PARA ARTURO R. DE CARRICARTE.

De prisa pasa, de prisa,  
que nos persigue la Muerte,  
y tras la Muerte el Olvido

que hacia mí viene.

No te detengas: levanta  
mil remolinos de polvo  
que protegiendo mi fuga,  
cieguen sus ojos.

Aúlla, gira y arrolla  
lo que obstruyendo tu paso,  
venga á aumentar mis tristezas,  
dudas y espantos.

Tiende en el cielo tus alas;  
yo azuzaré tu jauría:  
—¡Hop!, ¡al galope!, ¡al galope!,  
¡más, más de prisa!

Antes que llegue el momento  
de reposar en la barca  
que al nido eterno conduce  
del Ave Pálida;

antes que el Tiempo mis brunas  
crines en nieve convierta,  
y se evapore el aroma  
de mis endechas;

antes que arribe la Noche  
con sus fanfarrias de muertos,

y á su tiniebla infinita  
vayan mis sueños,

burla burlando deslie  
tus estribillos de oro,  
y de Sylvano en la tiorba  
canta con gozo.

Pulsa la lira risueña  
del delicioso Anacreonte,  
la lira sana que fluye  
miel en sus sonos.

Tu voz apresta, que suene  
la celestial carcajada  
que hace reir á las rosas  
de vestes blancas.

Prorumpe un canto de fiesta  
en los edenes floridos,  
y te acompañen los pájaros  
ebrios de trinos.

Y te acompañen las fuentes  
con su locuaz armonía,  
y de Hiperión el heraldo  
rime tu rima.

Á los efebos despierta,

y á las canéforas abre  
presto sus párpados rosa  
para que bailen.

Pronta la selva convida  
á juvenil bacanalía;  
dan sus bucólicas uvas  
vino y fragancia.

Madrigalizan los Términos  
de la alameda en las frondas,  
y la Natura se ríe  
como una loca.

Que ya desgranen las flautas  
su apasionado rondel:  
la vida es corta, y es fuerza  
vivirla bien.

Revuela, Viento, que impere  
la Juventud á tu paso,  
y que el Amor trove dulces  
epithalamios . . . .

Y arrebatándome el Viento:  
—¡De prisa, de prisa!,—dijo.  
La Muerte llega, y tras ella  
viene el Olvido!

## NUPCIAS AGRESTES.

Á SANTIAGO ARGÜELLO.

I

Asoma el sol su cabellera ardiente,  
del ancho valle tras la gris calina,  
y en el frescor del añojal camina  
níveo rebaño hacia cercana fuente.

Cae el fabuco del hayal crujiente  
do canta el aire su canción divina,  
y un purpurino cardenal hacina  
plamas y ramas en su hogar caliente.

Brilla en el fondo del bosque umbrío,  
verde tapiz de montañés jamago  
donde titila el estival rocío.

Rinde la novia sus llameantes galas,  
y en el espejo del tranquilo lago



se mira un rojo palpar de alas . . .

## II

Lanza el halcón su bullanguero coro  
bajo el dosel del ormesí horizonte,  
y espera aleve á que el avión remonte  
su raudó vuelo hacia el pinar. Un toro

salvaje, trisca las panojas de oro,  
y corpulento cual viril bisonte,  
irgue el testuz en el abrupto monte  
retando al cielo con mugir sonoro.

Provocativa sobre la agria cumbre,  
su linda hembra espumajeante asoma  
los ojos tintos en lujuria y lumbre.

Vibra la sangre que el placer refuerza,  
y mientras Febo su calor desploma,  
crujen las cañas con triunfante fuerza!

## III

Ya duerme el sol en su curul de fuego  
como un patriarca de vivir cansado,  
y envía al bosque su fecundo riego  
de ardientes oros, con sublime enfado.

Mustio se dobla el odorante espliego

sobre el gramal por el clavel bordado;  
la alondra alisa su plumaje, y luego  
llama muy triste al trovador deseado.

Irgue su copa el ahuehuete noble  
en cuyas ramas el halcón anida;  
y al pié de un grave y corpulento roble  
que luce ufano cual pintor, matices,  
yace ayuntada y con placer dormida  
una pareja de culebras grises.

## IV

Oscureció. El policromo velo,  
en el ocaso, sin color negrea;  
la madre tierra, juvenil jadea  
entre los brazos de su esposo el cielo.

Cantan los grillos con febril anhelo;  
un ruiseñor cabe el breñal gorjea,  
y el campesino á su adorada otea  
cual fuerte can en la estación del celo.

Besan las rosas el nervudo tronco  
de recio árbol, y se escucha ronco  
gruñir humano que el amor deslíe.

Y hasta el cadáver de la luna ríe,  
oyendo abajo en los pinares tiesos,  
tremar de hojas y rumor de besos . . .

Después se escucha en la florida aldea  
el dulce canto de senil campana,  
y como novia la locuaz fontana,  
del ruiseñor el octávin corea.

Torva lechuza en el ciprés chochea;  
ríe el monago con la dueña anciana;  
rondan los duendes la rural ventana,  
y el viejo cura en su jardín pasea.

El camposanto lo eternal pregona,  
y ya del mundo sin las mil balumbas,  
sueña el buen párroco en nupcial corona.

Alegres miran sus ojillos yertos,  
cómo en la tierra de las blancas tumbas  
brotan azahares donde sólo hay muertos!

Foscos, ceñudos, entre la agría grieta  
del ciprés viejo, descarnado y pío,  
dos graves buhos, con ruinoso hastío,  
roncan solemnes su infernal retreta.

Fijos los ojos de macabro asceta,  
rondan el verde cementerio umbrío

do el astro lúgubre derrama, frío,  
su luz tristísima, espectral y escueta.

Dignos augures de la Muerte, han hecho  
en un polvoso costillar su lecho;  
y en su interior, por el placer rendidos,  
vense, á la luz hipocondríaca, unidos,  
que al fin y al cabo es el Amor tan fuerte,  
que triunfa dentro de la misma Muerte!

La noche avanza; su inconsútil tela,  
leve y astrífera á soñar convida.  
Yace Natura la feliz, dormida,  
y sólo, DIOS, en lo infinito vela.

Isis la pura, sobre el lago riela  
como esperanza en la doliente vida  
del triste bardo, que con fe perdida,  
una alma grande para su alma anhela.

De pié en la cumbre, con su plectro hastiado  
gime el poeta del Dolor, y vierte  
sangre del alma, pues contempla airado,  
con qué dulzura se resuelve en calma,  
abajo el himno de la Carne fuerte,  
y arriba el himno triunfador del Alma!

## EL LAGO.

AL LIC. MANUEL SÁNCHEZ MÁRMOL

Serenamente azul, sin una onda  
que rice su extensión muda y tranquila,  
el lago es como espléndida pupila  
que oculta una esperanza triste y honda.

Refleja en su cristal la verde fronda  
de rústico boscaje, do se asila  
pareja de pelícanos que oscila  
taimada y por los juncos tiesos ronda.

Sentado á sus orillas donde apenas  
percibo su lamento dulce y vago,  
mis penas fraternizan con sus penas.  
El nítido cristal de mi alma ahonda,  
que yo también así como ese lago,  
oculto una esperanza triste y honda!

## PAISAJE BÁRBARO.

AL LIC. VICTORIANO SALADO ÁLVAREZ.

Dispersos en las rocas, los magueyes  
semejan con su rudo salvajismo,  
coronas oxidadas de cien reyes  
domados por ciclópeo cataclismo.

Tiránicas, enhiestas, como leyes  
de un viejo y legendario despotismo,  
se irguen, de zarzales en las greyes,  
sus flores amarillas de egoísmo.

Sangrientas son sus púas cual puñales  
que hundiéranse en las carnes de engrillados  
plebeyos oprimidos. É infernales,  
destacan sus siluetas en las lumbres  
del trágico crepúsculo, alineados  
cual hueste real de muertos, tras las cumbres.

---

## LA CASCADA.

Colérica y brutal, como suicida,  
despéñase hervorosa en la barranca  
de riscos estrambóticos, la blanca  
beldad de la corriente embravecida.

Envuelta en sus espumas, cae rendida  
al vórtice amoroso que la estanca;  
mas ella, debatiéndose, le arranca  
los lauros de su testa dolorida.

Y crece, y desbordándose sin freno,  
los befa, los escupe y los arroja  
cobarde á sus orillas de vil cieno.

Y luego como tú, sigue su sino,  
brindándole frescura á cada hoja  
que encuentra en el bosque del camino!

## EL ARENAL.

Á MANUEL S. PICHARDO.

Salvaje soldad y calma plena.  
El cálido desierto finge un horno,  
y brilla hasta el confin la blanca arena  
sin montes que interrumpen su contorno.

Arriba lo sublime: la serena  
piedad del infinito. Y en mi torno,  
un cuervo funerario da á la escena  
pavor con el graznido de su corno.

Mis plantas van hollando el polvo escueto  
sin yerbas y sin vida. Solamente  
descubro el armazón de un esqueleto.

Me encorvo ante su cráneo carcomido,  
y al dar un triste beso á aquella frente,  
murmuro:

-¡Es un hermano! . . . ¡un caldo!

¿En dónde iré á enterrar mi muda pena? . . .  
Y brilla hasta el confin la blanca arena.

---

## Á UNA YEDRA.

PARA LUIS G. URBINA.

Sencilla yedra: tu pudor me encanta.  
 Imágen eres, por tu faz, del cielo.  
 Tu sola fe, hacia lo azul levanta  
 el grácil triunfo de divino anhelo.

Virtuosa y pobre cual modesta santa,  
 aspiras sólo á abandonar el suelo,  
 pues harto sabes que traidora planta,  
 manchar pudiera tu cerúleo velo.

Recubre amante mi ventana toda,  
 su alero fiel amparará tu vida  
 expuesta al turbio goterón que enloda.

Así cual tú, mi idolatrada fué,  
 mas luego amó la vanidad. Caída,  
 ogaño es yedra sin virtud ni fe.